

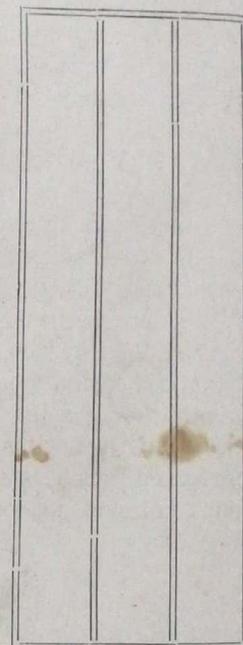
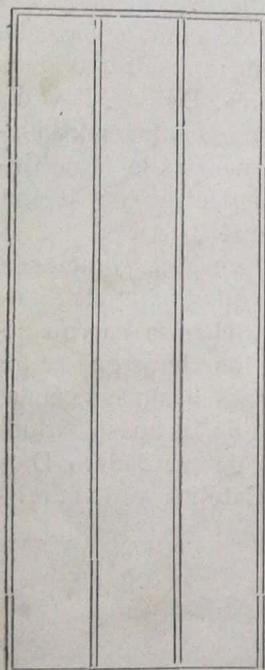
CONFERENCIA

LEIDA EN EL TEATRO FAENZA EL 22 DE AGOSTO, POR EL PADRE JENARO DIAZ

Excelentísimos e Ilustrísimos señores, señoras, señores:

Este hermoso recinto en que nos hallamos congregados, es un templo del Arte. Fue erigido, para rendir culto a uno de los más nobles sentimientos, por las manos sabias de la Atenas americana; y, si el placer de sentir lo bello y expresarlo cumplidamente fuera la cumbre de los ideales que en la tierra perseguimos, aquí no podrían officiar sino los consagrados por el óleo del genio y pregonados por la fama. Mas, porque la Estética no es el

fondo de su sér, cual en cofre preciado, el tesoro que del cielo trajo El que pasó por la tierra haciendo el bién. Si hasta aquí llega la voz de alarma que retumba en las fronteras, Bogotá se exalta; si el gemido de los miserables rompe el aire y lo impregna de dolor, Bogotá derrama de sus arcas la fuente que mitiga la sed de los menesterosos; si en los campanarios tañe el bronce sagrado, Bogotá llena las amplias naves de la casa de Dios. Esta ciudad helénica oye las lecciones de los filó-



Belalcázar a las márgenes del Páez

ápice de las aspiraciones del hombre, este magnífico alcazar, que tantas veces resuena con la sinfonía de la orquesta y los aplausos de un auditorio arrebatado por la maestría de actores y cantantes, se considera enaltecido al escuchar al repúblico o al apóstol de Jesucristo, que si no deleitan el espíritu con la dulce y penetrante emoción de la belleza, le hacen estremecer de entusiasmo y le encumbran, como en un carro flamígero, con los nombres de la patria, de la fraternidad y de la fe.

Bogotá, madre y nutriz del arte, porque tiene el alma como una cítara armoniosa y acendradamente culta, aprecia a los artistas y los premia con ovaciones que ungen para la inmortalidad. Jamás el mérito verdadero fue por ella desconocido, ni de estas cumbres descendió el hijo de las Gracias sin llevar un lauro nuevo sobre su frente. Mas, Bogotá es también el legítimo corazón de la República; es la ciudad de la filantropía; la que, realizando el nombre que le puso España su madre, guarda en el

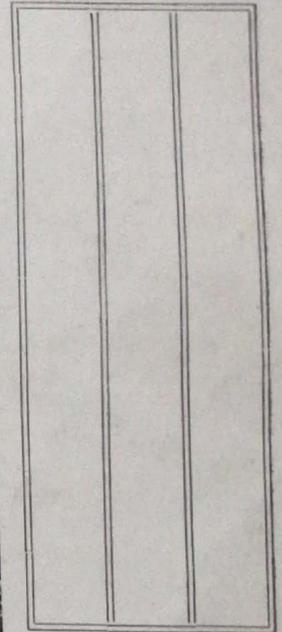
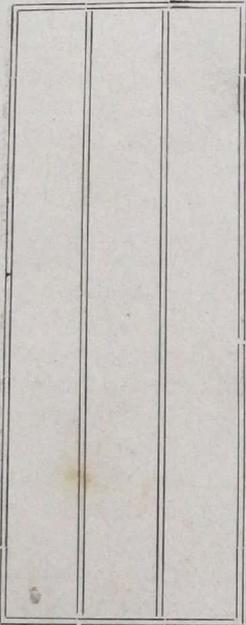
sofos, atiende con viva emoción a los oradores, corona a los poetas, y recibe también en sus areópagos, en sus pórticos y en sus teatros, a Pablo llamado Apóstol de Jesucristo, el de talla desmedrada, que con lenguaje no decorado por la humana sabiduría, habla de las conquistas de la Cruz.

De lejanas tierras venidos, de los llanos que calcina el sol de los Trópicos ardientes, de las montañas que coronan las nieves eternas, de los ríos inexplorados, de las selvas primitivas, comparecen los misioneros delante de vosotros con la confianza del que llega a su hogar y narra a sus padres y hermanos toda una historia de acontecimientos admirables que presencié en los años de su glorioso destierro. Cuentan de las comarcas fabulosas hasta donde se extienden los lindes de la Patria, de las tribus errantes que llevan el nombre mil veces adorable de Colombia, sin comprenderlo; y os traen la nueva que, para todo el universo, anunciaba hace siglos un profeta

de Israel: que los pueblos sentados en las tinieblas de muerte, han visto una gran luz: la estrella del portal, sol que esclarece los siglos incontables, y a nosotros los efímeros muestra cómo se anda en la vida para arribar al cielo. Son, pues, heraldos de la patria ante los ciudadanos, de la caridad ante los hermanos, y de la fe ante los creyentes.

Cúmpleme disertar esta noche sobre la «Misión de Tierradentro», y lo haré discurrendo, cuan compendiosamente me fuere posible, acerca de la evangelización de los páeces en el tiempo transcurrido hasta encargarse de ella

con sus joyas; ni de sus duras gargantas brotaba el lenguaje olímpico que derramaron sobre América en áurea cascada los hijos gallardos de la Hesperia. Desbordáronse como una marejada de destrucción sobre las viejas monarquías labradas por siglos en el continente americano; cubrieron las orillas del mar del norte; y, como suben las olas de la resaca por el cauce de los ríos, remontaron el Magdalena hasta sus manantiales, llenaron los valles ardientes del Chaparral y Neiva, y se engolfaron en las ensenadas de la cordillera, dejando en pos de sí la desolación y la muerte. En la aldea de San Agustín y sus aledaños, en las ruinas de Platavieja, en las cuevas del Pedregal y en mil otros lugares: inscripcio-



Puente de Bejuco sobre el Páez

los PP. Lazaristas; de los trabajos que han realizado los hijos de San Vicente de Paúl en los cuatro lustros no terminados que llevan de labores apostólicas; y del brillante porvenir que desde el punto cívico y religioso se prepara a la región que es campo de sus fatigas.

I

Desde los albores de la conquista, antes que Jiménez de Quesada y Sebastián de Belalcázar tremolaran el estandarte de Castilla sobre la cimera de los Andes, de países incógnitos llegaron hasta el Imperio de los Chibchas, los fieros conquistadores que dieron su nombre al mar que baña las comarcas del septentrión. No traían los caribes, como los hijos de España, junto con los símbolos de muerte, el emblema de la redención; sus paveses de corteza rústica tramados, no eran, como las armaduras del ibero, reflectores de una luz aurora de civilización; a su paso, no brotaban jardines y ciudades de los escombros que iban amontonando, como aconteció a los soldados de Isabel, la que compró la mitad de la tierra

nes, columnas, bustos de pontífices, de guerreros y de dioses, e innumerables monumentos y preseas, nos hablan de una civilización remotísima aniquilada por aquellos hombres: guerreros fortísimos que vivían de su lanza y de su flecha; groseros e incultos; crueles y sanguinarios; antropófagos, que sacrificaron las razas vencidas para tener campos que hollar y manjar para sus banquetes tiésticos.

Entre ellos los páeces son memorables. Cuando «los de hierro vestidos», en nombre de la Majestad de don Fernando el Católico, guerreaban contra los innumerables pueblos del mundo recién hallado, nadie, después de los que inmortalizó Ercilla, les disputó el campo con mayor dequedo ni con mejor suerte. Trasmontando la cordillera por el páramo de Guanacas los invadió Sebastián de Belalcázar con la gloriosa columna que con él venía avasallando ejércitos desde Quito hasta Popayán. Allá en ese estadio cerrado por altas montañas se batieron con alterna fortuna caribes y españoles; pero, como por cada salvaje que tronchaba el acero, las breñas vomitaban

ciento, tras espantable carnicería huyó el conquistador, muertos veintiséis de sus conmlitones. Más tarde, afrentado por la derrota, quiso el denodado teniente de Pizarro escarmentar a sus vencedores, y con cien caballos y otros tantos infantes cayó como un alud. Indecisa fue la victoria en un pavoroso encuentro a las márgenes del Páez, mas en el sangriento combate del Peñón de Tálaga, el español fue completamente desbaratado, y con los restos de su tropa se escapó, después de haberse visto a punto de perecer, dejando en el campo de batalla, cual rico trofeo de los antropófagos, la mitad de sus soldados y a su segundo el capitán Tovar. Allí cayó igualmente el intrépido cuanto sanguinario Juan de Ampudia, que con sus bravos pretendió escalar la montaña rompiendo por entre aquella barrera de lanzas y de dardos; allí sucumbió el capitán Lozano, que desde la villa de Combeima vino en la pretensión de sojuzgar a los páeces y fundar en la ubérrima explanada de Huila una ciudad émula de Santa Fe; allí desesperaron cuantos espoleó la ambición de la conquista a hacerse dueños de aquellas encrucijadas apetecibles por sus riquezas, y espantables por sus moradores.

Sangre de caribes ardía entre sus venas y no les daba reposo. No contentos con defender con arrojo inaudito y triunfadora constancia sus nidos de águila, descendían a la llanura ávidos de venganza: Popayán era amagada de continuo; La Plata fue aniquilada; Timaná arrasada; Caloto reducida a pavesas: Buenosaires volcada como tierra de labor: porque si eran formidables en la montaña, salvando, con agilidad de tigres, breñas y torrentes, templando el arco de flecha voladora, girando la honda resonante que de risco a risco dispara los guijarros, o vibrando la lanza de cortas dimensiones, también a campo raso, con largas picas, formando cuadros cual otros macedonios, osaban retar a la caballería española, y resistían a pie firme, cual rocas erizadas de terribles puntas, la brutal carrera de cien caballos y el choque infernal de cien lanzas empujadas por la furia de la bestia y el hercúleo brazo de los caballeros españoles. Otras ocasiones, precavidos y astutos, entre las sombras de la noche bajaban silenciosos hasta las villas indefensas; las tomaban por asalto, devoraban a sus habitantes o los pasaban a lanzadas, incendiaban el poblado y desaparecían con un secreto de espíritus. De arte que las ciudades vecinas entendían la catástrofe, por el humo y por las llamas, y por la mancha de ceniza y de carbón que desde el valle hasta la cumbre fúnebremente se extendía: tal la huella que dejara en su tránsito un escuadrón de Santanás.

El ardor de esta sangre y el amor de estos fieros hijos de la montaña a sus breñas, jamás se han resfriado. En la era gloriosísima de nuestra emancipación, cuando, según lo enseña la historia, los aborígenes siguieron entusiastas las banderas de sus amos, los páeces alzaron el estandarte de la rebelión; y Agustín Calambás, adivinando con el sentimiento atávico los ideales de los patriotas, luchó por la libertad, se cubrió de gloria, y tras la memorable jornada de la cuchilla del Tambo, cosechó el rojo laurel del martirio en la patria de Torres y de

Caldas.

Cuantas veces en nuestra vida independiente sonó el clarín guerrero, los páeces fueron los primeros en tomar las armas y los últimos en deponerlas. ¡Ay! del atrevido que por fuerza quiera pisar los campos donde murieron sus mayores! ¡ay del osado que intente despertar esta camada de leones! de cada cerro, de cada voladero, de cada recodo del camino parte el rayo de la muerte disparado por manos invisibles. ¡Ah! señores, si el riego de la sangre bastase a redimir un pueblo de la superstición, de la ignorancia, del vicio, de la miseria, y conducirlo a la conquista del ideal, los páeces habrían escalado las cumbres más altas de la civilización.

La fábula fingió a Orfeo, el que amansaba las fieras con la dulzura de su flauta, y a Anfión, el que fundó a Tebas milagrosamente, cuando al sonido de su arpa los peñascos arrancándose de los montes, en danza gigantea, formaron una corona de granito. Lo que inventó el mito, lo realizó la Iglesia. El eco de su palabra vibra más dulcemente que la flauta que se presumió divina; penetra en lo más profundo del alma y deja en ella, para siempre, armonías que templan los furores de la bestia despiadada que ruge en todos los que fuimos plasmados con el limo de la tierra. El verbo de su predicación no sólo arranca las piedras de los montes para ordenarlas en edificación, mas tiene poder para convertir las piedras en hijos de Abraham, conglutinarlos apretadamente con la liga de la caridad, y erigirlos en fábrica portentosa cuyas bases descansan en la tierra, pero cuya cúpula se esconden detrás del firmamento.

Pláceme ver sentando la piedra angular de la civilización páez, a los ínclitos PP. de la Compañía de Jesús: los primeros en el gabinete de los sabios, los primeros en la choza del salvaje. Ellos fueron los que desbravaron a los feroces caribes de Tierradentro; ellos los que les trocaron sus ídolos de tosca piedra por el Dios que creó los cielos y la tierra; ellos los que pusieron en la áspera lengua de la montaña los misterios del cristianismo; ellos los primeros maestros de la industria agrícola, pecuaria y fabril; ellos, hábiles organizadores de pueblos, congregaron a la sombra de la cruz los vagabundos y aventureros, les trazaron poblaciones, y les hicieron sentir la ley saludable que preside las sociedades. ¡Oh! si Carlos III no hubiese cometido su pecado máximo, aquel segundo pecado original que manchando su memoria de padre de la mitad de la tierra atrajo dolores a España, y a su descendencia, ignorancia y depravación; el día de hoy Tierradentro alternaría en el concierto de las provincias civilizadas, disputando el primer puesto a que está llamada por su posición geográfica, por su belleza incomparable y por los tesoros que guarda en los pliegues de su manto multicolor.

A recoger los fragmentos de una obra que se desmoronaba por la ausencia de su dueño acorrieron los sacerdotes seculares, y es de creer que si las circunstancias les hubieran sido propicias, la comenzada fábrica crecien-

crece y les corta el horizonte, y los abraza y los ahoga en su regazo.

II

Vamos a estudiar ahora a los páezes y su civilización cuales el día de hoy existen; pero antes quiero, en breve descripción, presentaros la comarca en donde moran.

Llamaron los conquistadores Tierradentro a una región enclavada en lo muy hondo de la cordillera central de los Andes colombianos, entre los últimos senos del valle del alto Magdalena y las llanuras y rampas que se extienden desde Caloto a Popayán. Piensa el galano escritor y sabio etnólogo doctor Carlos Cuervo Márquez, que lo áspero y desigual de esta comarca, erizada de

breñas y de riscos, surcada en todas direcciones por torrentes de profundo cauce, cubierta en su mayor parte de densos e impenetrables bosques, sería el motivo de haberse impuesto tal denominación; conjetura que raya en la certeza, si se considera que el hallarse incrustado este país en el corazón de la montaña, debió haberlo aparecer ante los ojos de los castellanos como un reducto a donde se internaran, ya arribasen por las llanuras del oriente, ya por los hermosos valles de Lili o de Pubén.



Iglesia de Vitoncó

Cerco grandioso de promontorios y torrentes enmarca el territorio. Al occidente la cadena de serranías que avanzan desde el sombrío páramo de Guanacas hasta el nevado del Huila, rey de las cumbres nevadas de Colombia, que se levanta a 5,700 metros sobre el nivel del mar; al oriente, parte dominios con el vecino Departamento, la cinta móvil del Páez, que tortuosamente rueda sus caudales de tinte anaranjado; al sur, de la base a la cumbre, un segmento del mencionado río, las cristalinas aguas del torrente de Buenosaires, y más allá un sartal de moles que se engarza en el lomo de la cordillera; al norte, el Ríonegro de Narváez, pone al manto oscuro de las montañas un ribete de plata antigua, aventando sus aguas cenicientas por pendientes y despeñaderos desde las faldas más subidas del nevado del Huila hasta el pie de los Andes.

Comarca fragosísima esta de Tierradentro. La cordillera se tiende a las llanuras apoyada en descomunales estratificaciones, que emiten a sus flancos crestas empinadas,

ra con la urgencia y proceridad con que la levantaban sus primeros arquitectos. Dignos son de perpetua memoria los venerables párrocos que rigieron aquellas iglesias y los misioneros que de vez en cuándo, de países lejanos, llegaban para avivar el fuego sagrado que dormía en las cenizas. Sus nombres, que sólo conocen los continuadores de sus trabajos o el erudito que revuelve con mano diligente y curiosa las reliquias salvadas de la voracidad del tiempo, debo decirlos ahora, para que al menos una vez en la vida se les rinda un tributo de justicia. Loemos al padre Ribera, sabio en las ciencias divinas y sabio en las ciencias humanas, ardiente como un San Pablo para conquistar almas a Jesucristo, paciente como un Ervás en inquirir las raíces de las lenguas, las costumbres de los pueblos y los secretos de la naturaleza;

loemos al padre Salamanca, a don Juan del Río y a don Gaspar de Olarte; loemos a don José Ledesma y a don Eugenio del Castillo. ¡Oh! si fuera posible congregarse los átomos dispersos en tres siglos y reconstruir los nombres y los hechos de estos varones meritisimos, yo buscara un orfebre de la lengua para que tejiese su historia, y tomándola en mis manos con veneración, os la entregara, como el humilde excavador que exhumando el encaje de oro primo laborado en tiempos remotísimos, lo presenta a un gran señor para que lo guarde en su arca memoriosa. Mas el tiempo fue inexorable, y hoy únicamente podemos poner una corona anónima sobre el sepulcro de estos soldados desconocidos. Ellos fueron los que en muchos años mantuvieron las conquistas de la Compañía de Jesús y trataron de acrecentarlas. Es verdad que a la postre la obra se derruyó totalmente, mas no fue su culpa. La soledad en que vivieron, lo recio de la labor, el escaso número de apóstoles, las intermitencias de la acción misional, las convulsiones políticas con todo su cortejo de calamidades le salieron al paso y neutralizaron los esfuerzos de su celo. Honramos en ellos a unos colonos que internados en el fondo de la montaña tropical, después de haber talado el bosque y levantado la ermita, secuestrados en el monte bravo, van muriendo, uno a uno y los últimos sobrevivientes, rendidos de fatiga, encorvados por la vejez, miran el horizonte por ver si llegan los libertadores deseados, mientras la selva en su opulencia salvaje, sin que nadie la descombre,

recortan altas mesetas o yerguen protuberancias de todas las formas y tamaños. En tiempos ya remotos el bosque milenario cubrió con su magnificencia las escabrosidades de este recodo de los Andes, que parece un golfo en borrasca solidificado de improviso. Hoy se adorna con un mosaico en que alternan los páramos escuetos de mísera vegetación arrecida por los vientos y nevascas, las selvas no holladas por la planta del hombre, las lomas vestidas de amarillentos pajonales, las planadas y valles tapizados de verde alfombra, los pajizos caseríos y las fecundas sementeras.

Caudaloso, despeñado y mugiente, el Páez, que nace en el monumental nevado, corre primero de noroeste a suroeste atravesando todo el territorio, y, al encontrarse con el Plata, tuerce bruscamente en dirección opuesta hasta su confluencia con el Ríonegro de Narváez, y, juntos, rompen los brazos de la cordillera que los estrecha y se lanzan libres a la llanura. Ríndenle tributo a su paso, por la margen izquierda: el Nieves, el Colorado, el Cohetandito, el Tálaga, el Símbola, el Salado y el Ríonegro de Narváez; por la derecha, el Moras con su tributario el San Vicente, el Goquiyo, el Ullucos—con sus afluentes, el Ovejas, el Malvasá y el San Andrés,—el Ríonegro del Sur, y el Plata. Todos, menos el último, bañan las feraces montañas; todos imponentes, si no por el caudal de sus aguas que en muchos es considerable, por el ímpetu de ellas, por las simas profundas donde se precipitan, por las lluvias infernales que tornan, en estos parajes, los más humildes arroyos en hinchados y soberbios torrentes imposibles de vadear.

Así que, ya se mire a Tierradentro desde las crestas más altas de la cordillera, ya se contemple desde las colinas fronteras del Departamento del Huila, deja en el ánimo sentimientos de simpatía y admiración, como que en estos paisajes se abrazan amosamente la gracia y la magnificencia. Valles profundos alternan con empinadas cuchillas; arroyuelos con ríos estrepitosos; sabanas con selvas añosas; pequeñas colinas con montes altísimos, y dominando el paisaje, entre los ríos, el Páez, a donde todas las aguas descienden, terciado sobre el campo de verdura como una faja de oro; entre los montes, el Huila, que parece la última mole que pusieron los que intentaron escalar el cielo, sonrosado y luminoso como un Tabor cuando nace la aurora, derritiéndose como un enorme cirio cuando lo queman los fuegos del cenit, y cubierto de blanca túnica, en las noches lunares, cual si fuera el ángel tutelar de los montes y valles que en silencio duermen. El día en que la civilización haga brillar su sol en Tierradentro y el arte la palpe con su mano milagrosa, esta región será la Suiza de Colombia, porque aquí congregó la mano del Creador las grandezas y primores en una síntesis que sólo pudo forjar el que compuso el poema del universo.

* * *

La raza que puebla esta hermosa comarca, no es prolija; pero en cambio vence a casi todas las razas americanas en otras cualidades. Es el Páez de aventajada estatura; de color pálido bronceado; de recia y bien for-

mada musculatura; la cara se dilata en su línea media horizontal, dando a la barba firmemente acentuada y al globo del cráneo, de poderosa osamenta, un perfil agudo; las mejillas son hundidas y los pómulos de alto relieve; la boca grande y de labios gruesos se cierra en un gesto de profundo desdén; la frente estrechísima desaparece bajo la desgredada cortina de sus cabellos lacios, endrinos y abundantísimos; e iluminando sus rostros taciturnos, brillan dos ojos sesgados y pequeños, de negras pupilas, reveladores de penetración, desconfianza y dureza, que cuando ruge en sus pechos la tormenta emiten siniestros resplandores. Hállanse en los mozos tipos de elegancia varonil que no me atravesaría a llamar bellos, porque rara vez, redondeándose, se atemperan a las normas de la estética las líneas de su fisonomía rombóidea; los ancianos adquieren una majestad llena de fiereza que resalta en los surcos rectilíneos de su faz, en la gravedad del continente, en su silencio o en su hablar pausado y sentencioso.

Pueblo que ha partido ya de la línea última de la barbarie y se encamina a la civilización, tiene, en la indumentaria y en las costumbres, la variedad de lo que está evolucionando. No pocos visten a la manera de nuestros campesinos y platican en la lengua de Cervantes, que, en honor de la verdad, todavía no ha despejado el cauce de sus gargantas escabrosas; otros se honran con calzones cortos de lienzo crudo, gran ruana que cae hasta la tibia, y sombreros fabricados de palma, de grandes dimensiones, ala abarquillada y alta copa tubular; estos caballeros de la serranía entienden igualmente el castellano, mas prefieren conversar el idioma de sus padres que tiene sonidos guturales y sordos de fuente subterránea y silbos de aire que pasa entre las frondas.

Grandes caminantes, los páeces gustan en altas horas de la noche, atravesar sus desfiladeros, como si encontraran consuelo en la melancolía de la noche para sus almas nostálgicas; suelen de día trabajar los campos, aunque son más devotos del hogar, donde se les encuentra sentados, con un carrillo prominente por el bocado de coca, fabricando mochilas o sombreros, y desempeñando menesteres femeniles, ellos que siempre han sido tan hombres.

La ciencia ni el arte jamás florecieron en Tierradentro. La vida guerrera de los indios no permitía que crecieran a la sombra de sus laureles las flores que sólo prosperan cabe las frondas del simbólico olivo. Por otra parte hay que contar cuando se indagan estos puntos con la psicología de los pueblos; cuando sus almas son demasiado rudas, no puede esperarse que en ellas se sintiese una hermosa idea, ni que sus manos la interpreten con la gallardía que demandan los fueros de la estética.

Los páeces, espartanos de contextura, nacieron para la guerra, y para que lleguen a tener el sentido de lo bello, sería preciso encontrar la piedra filosofal que trueca los metales, o esperar que el crisol del tiempo, caldeado por el fuego poderoso de la verdad cristiana, aquilata sus almas. No esperéis encontrar en su larga historia un monumento digno de renombre, pues ignoraron las gracias de Fidias y de Apeles; su canto es todavía la monótona entonación del salvaje; su música el ruido desapacible de tam-

boriles y fotutos, y sólo parecen encontrar cadencias sentidas en su flauta de carrizo, que al trepar las lomas o al descansar, echados de espaldas a la orilla del sendero, hacen gemir con notas melancólicas que parecen más bien vibraciones de sus almas tristes; la flauta es el oráculo de las tristezas. Fabrican ollas y platos de tosqueidad absolutamente primitiva; tejen con la lana de sus ovejas mantas y ceñidores; de la resina del laurel de montaña confeccionan la cera que alumbraba sus bohíos; y en trapiches de mano, muelen la jugosa caña que los conforta en sus trabajos y les prende alegría frenética en sus fiestas bulliciosas. Hé aquí toda la ciencia, hé aquí todo el arte, hé aquí toda la industria de los renombrados hijos de los caribes y hermanos de los panches y pijaos.

Fue en el año de 1905, cuando el Ilustrísimo señor Caido, actualmente arzobispo de Medellín y a la sazón arzobispo de Popayán, considerando el desamparo de los indígenas, y de los blancos que la feracidad de las tierras había internado, celebró un convenio con el R. P. Juan Floro Bret, Provincial de los PP. Lazaristas, por el cual se hicieron cargo los hijos de San Vicente de la evangelización de aquellos lugares: circunscripción eclesiástica que llevó el nombre de «Parroquia de Tierradentro».

Los viejos cronistas llegaron a decir que los páeces no tenían religión; otros pretendieron que adoraban, como los chibchas, al astro del día; y no faltó quien les atribuyese la creencia en un sér supremo, principio del mal, inmisericorde rector de las trombas y tempestades, de las hambres y pestilencias, a quien temían pero no reverenciaban. Todavía en los exordios de la misión lazarista, cuando los azotaba la viruela o la disentería, inmolaban un cerdo, devoraban algunas piezas, y con las restantes hacían nocturna peregrinación; pavonaban las paredes, las puertas y el pavimento, y la sangre, puesta en vasos, se colocaba en las cavidades de las rocas a modo de conjuro para ahuyentar al «inmundo».

Por aquel entonces la noción siquiera confusa en un Dios pródigo y amoroso, era la herencia preciada de los blancos y de la aristocracia intelectual de los indígenas; el culto público había desaparecido en la mayor parte de las aldehuelas; sólo quedaban capillas de humilde arquitectura ya desmoronándose, con aquellas tristes apariencias de choza abandonada, cuando crece en derredor

el arbusto tempranero, prosperan el musgo y la verde lama sobre el pajizo caballete, de pared a pared tiende la vigilante araña sus redes cazadoras, y el polvo cubre los destrozados muebles, dando a lo nuevo un cariz de vetustez, y a lo viejo visos de prendas sacadas de una tumba; las plegarias que aprenden de coro los más rudos campesinos habían desaparecido de la memoria de los páeces: ya no pedían con las manos levantadas el pan de cada día, cual si comenzaran a arrepentirse de haber cambiado el sangriento manjar de sus abuelos; ya, desde que se silenció en el campanario rústico el bronce que turbaba sus soledades, el indio que vuelve por las lomas cuando la tarde tiende sus sombra y su silencio, no saluda a la Virgen, aurora que se complace en brillar sobre los montes, a la madre divina que prodigó sus caricias al colono y al indígena, a la que pintó con lumbre milagrosa el lienzo de Narváez ante los ojos atónitos de María Ramos, y en la tilma agreste del indio de

Tlascala copió con tinte de rosas el prodigio de su rostro. La gracia, fuente copiosa que desprendida del Calvario riega toda la tierra, en aquellos tiempos parecía haberse detenido ante las montañas que circuyen a Tierradentro: niños y adolescentes no bañados en la cisterna purificadora del bautismo; hombres ignorantes de que hay sangre divina para sanar la lepra del pecado, y pan y vino traídos del cielo para los que van por la desolación del yer-



Indios de Turminá

mo de la vida; moribundos que emprendían la gran jornada de la eternidad no ungidos para la gloria, no revestidos con la nivea túnica del banquete inacabable. Y, porque desde que asomó el sol del cristianismo parece que sólo ante su luz se marcha hacia la cumbre del progreso; allí el comercio paralizado; la agricultura había roto la reja de sus arados y la hoja brillante que descombra las montañas; restos de amedrantados rebaños se escondían entre el pastaje inútil; aldeas desoladas, chozas reducidas a escombros; colonos empobrecidos, indios desarraigados, melancólicos y receñosos. Señores, no lo extrañéis: la guerra de tres años que pasó por toda la República como una tromba, había penetrado por las gargantas de aquellas altitudes, y envolviéndose en el caracol de la montaña, formó remolinos que discurrían por todas partes retorciendo montes, destechando pueblos, arrebatando hombres, entre nubes de polvo, chispas de sangre y alaridos de muerte.

Para reconquistar y vivificar aquella tierra perdida pa-

ra la fe y la civilización, muerta para la Iglesia y para la Patria, enviaron los lazaristas a un varón poderoso en obras y en palabras. Grande como hombre, porque es artista, matemático, polígloto, teólogo, político y una de las voluntades más poderosas que jamás se hayan conocido; grande como religioso por su regularidad, por su celo ardiente, por su prudencia consumada. Este gran misionero que se escondía de este lado del Atlántico entre las cavernas profundas de los Andes, debía emitir un fulgor que se elevase como una columna hasta el firmamento, pues desde las colinas del Vaticano lo columbró el Vicario de Cristo, y transportándolo, de acuerdo con el mandato del evangelio, que ordena sacar la antorcha del celemín y ponerla sobre el candelabro, lo fijó en la zona que parte los dominios de los dos atlantes, como un potente faro que iluminase las tormentas del mar de Colón y la lámina gigantesca del mar de Balboa. Hablo del Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor Guillermo Rojas y Arrieta, actual arzobispo de Panamá.

Los que persiguen las almas ni pueden, ni deben ceñirse a un apostolado individual. El misionero que intenta congregarse a los dispersos planta aquí y allá una cruz, y, como según el testimonio del elocuente Tertuliano, las almas son naturalmente cristianas, cual las abejas laboriosas vuelan en sonoro enjambre de lindes remotos hasta el árbol florecido que yergue su copa suaveoliente sobre el ramaje oscuro del bosque, así ellas se precipitan a buscar dulzura en aquel árbol sagrado que en sus brazos toscos y desnudos floreció con una divina parásita de purpúreas flores. Inzá fue ese centro de atracción; más tarde se creó a Belalcázar, y hoy se cava en las altas cimas de Vitoncó. De un informe oficial sería decir qué frutos han alcanzado las misiones fundadas con semejante inspiración; bástanos decirlo concretando en síntesis. Jesucristo ha sido predicado a todos, y los que no sabían de Dios lo han conocido, y le adoran fervorosos con los imponentes ritos del cristiano; las derrocadas iglesias fueron levantadas, las que amagaban ruina fueron sostenidas, las insultadas por el polvo y la maleza fueron decoradas, y ojalá que las riquezas hubieran sido tan grandes como lo quería el corazón; los remontados páeces sonríen ya con los sentimientos de la fe, de la esperanza y de la caridad de Cristo que han henchido sus almas; brillan en sus mentes oscurecidas las centellas de la fe; de sus labios semisalvajes salen los murmullos consoladores del creyente; los hijos de la selva y de las breñas se alimentan con el pan de los ángeles, y el año que pasó, en su ágape divino el Salvador dio el abrazo de la cena a 30,000 caribes.

Ellos serán poseedores del reino de los cielos; pero como la vida cristiana no tiene término fijado en su perfeccionamiento, se trata de ir seleccionando lo que San Pedro llamó nación santa y pueblo sacerdotal. Ahora bien, señores, cuando siglos de barbarie oprimen una raza, el atavismo pesa sobre ella como una montaña, y para encumbrarla se necesita seguirla de generación a generación, desbastándola y puliéndola en aquellos momentos de la vida en que el alma tierna puede recibir el golpe del martillo y del cincel. Hoy existen en Tierra-

dentro 19 escuelas; el porcentaje de educandos pasa de la cifra del 4% de la población total, y, cuando la epidemia no azota la comarca o el fallo del tesoro no dispersa los maestros, monta al 5, número que apenas podrían reclamar los departamentos que van a la vanguardia, si debemos creer a los informes. En Belalcázar existe una escuela superior de niñas, y acaba de concluirse, en Inzá, un hermoso edificio en donde cursen la enseñanza secundaria, bajo la dirección de las Hijas de San Vicente, las matronas futuras de Tierradentro, y se habiliten las hijas del territorio para la educación de sus compatriotas. Grande es la esperanza que trae a los ánimos este movimiento educacionista, sobre todo cuando de cerca se le observa y llega uno a descubrir sin trabajo qué almas se esconden bajo la rústica envoltura de los indios. Yo no hubiera querido descender a tantos pormenores, pero mi atención se fijaba en ellos con una fuerza irresistible, y me servía de amparo una verdad indubitable: que el esquema y el número también son elocuentes.

¿Cuáles son el secreto y la manera de obrar de los Padres, para que a su lado vengan colonos e indígenas a tejer una guirnalda silvestre que Dios, abriendo los balcones del cielo, mira sonreído girando en torno de la cruz sus flores polferomas? No hay secretos, señores, a no ser que se cumpla todavía la palabra del Apóstol San Pablo: «La sabiduría divina está oculta a los ojos de los hombres». El Salvador había dicho que «los mansos serían los conquistadores de la tierra; y el dulcísimo Padre San Vicente de Paúl les dejó escritas estas normas para su apostolado: «Cuando yo he hablado bruscamente, todo lo he perdido; al contrario, cuando he hablado con humildad y dulzura, todo lo he ganado. Los mismos presidiarios, cuando alabé su resignación, cuando lloré sobre sus dolores, cuando los proclamé felices por descontar en la vida sus deudas eternas, cuando besé sus cadenas y compartí con ellos el pan de la aflicción, me escucharon y dieron gloria a Dios». Por eso el indio cimarrón y receloso viene lleno de amor con su gran sombrero en la mano a saludar al «amo cura»; por eso el negro de Itaibe y Avirama besa cariñosamente la diestra que en nombre de Dios quebrantó su yugo de acero y le puso el leve yugo del Evangelio, que no doblega contra el polvo la cerviz del hombre, sino que parece un motor siempre en rotación, orientado hacia la altura; por eso el colono blanco le considera su amigo y confidente, pone brillo en las festividades religiosas y acude a presentarle su cara prole, de rubia cabellera de sol y mejillas frescas y rosadas cual la próspera manzana de sus hermosos vergeles. En Tierradentro se pide y se aconseja, pero no se manda.

Mas no basta presentarse a la manera de San Pablo conjurando a los corintios en nombre de las entrañas misericordiosas de Cristo: la fe no germina con mirar el campo del Señor, es preciso fecundarla poniendo allí todo el calor de nuestra vida. Esta misión no tiene más auxilio que el de la Nunciatura: el óbolo que sacó Pedro de la boca del pez. Las casas de escuela las construyeron los caseríos bajo el amparo y dirección de los misioneros; las iglesias y capillas fueron levantadas y

acondicionadas por los misioneros; el colegio de Inzá se edificó con las limosnas de los misioneros; durante dieciocho meses de crisis pavorosa en el erario público los maestros fueron pagados por los misioneros; y la escuela superior de Belalcázar, donde enseñan las Hermanas de San Vicente, oídme bien, fue costeadada con el dinero que recibió como herencia materna un misionero francés, el Padre Tramecourt, que lleva veinte años de trabajar en esa región. Yo, señores, que soy el último de los oradores de estas memorables conferencias, en relación al valor intrínseco; yo que me presento delante de este granado auditorio como el campesino del Danubio ante el Senado romano; yo que no tengo elocuencia ni dignidad que acredite mi palabra; yo, en fin, que no llevo ni en mi cabeza ni en mi rostro los signos venerables de la edad provecta para decir palabras como las de Néstor, al menos, señores, soy colombiano y gozo en estos momentos de toda libertad para expresar mis ideas. Misioneros que desde la Europa, emporio de la civilización, venís a mecer la cuna de veinte naciones dormidas entre el solemne murmullo de los grandes ríos: alemanes y holandeses, que traéis músculos de amianto para romper las selvas, frentes donde se apiñan ideas grandes y luminosas, y un corazón en donde tiene su palacio la gentileza; italianos que recogiendo el agua santa de la fe en su mismo manantial, con la mente sublime de vuestra dulce patria, henchida de poesía, aportáis a Colombia un secreto para la vida inmortal y un secreto para el arte que es el cielo de la tierra; españoles, raza de conquistadores y de santos, hombres de boca de oro, que subyugasteis a la América con vuestra espada al tiempo que que la libertabais con la cruz; y vosotros franceses, soldados y sacerdotes, que abandonando vuestra tierra defendida por vuestros pechos, empapada por vuestra sangre, llegáis hasta nosotros como una columna extraviada de atenienses victoriosos que no quisieron pasar bajo los pórticos con la frente ceñida de laureles, y preferís celebrar vuestra victoria, de polvo y sangre gloriosa teñidos, en los atrios que cinceló la mano de Dios en los desfileros de los Andes, y en los templos que tienen por columnas los troncos centenarios, por bóveda el ramaje silvestre y por cirios las estrellas del cielo: yo os saludo, yo os doy el abrazo de fraternidad, yo os cubro con mi bandera gloriosa, yo os prometo una lámpara de amor en el corazón de cada colombiano, yo pido a mis montañas mármoles para vuestra inmortalidad, y pido a Dios una corona inmarcesible para vuestras sienas.

III

¿Cuál es el porvenir que tiene derecho a esperar Tierradentro? Bien quisiera desenvolver un tema que me inspira porque le amo; pero hé aquí que la hora impropicia me lo prohíbe. Disputando el apóstol de las gentes en Tróade, arrebatado por su celo, no se fijó en que los cielos rodaban en el espacio y los astros, aunque lentamente, subían y trasmontaban su cuadrante. Pues bien: rendido por el sopor, un oyente se desprendió de una tribuna y se estrelló en el pavimento. La noche avanza, y el sueño natural que aumenta con la monotonía de este sem-

brador de ideas, me hace temer que me suceda otro tanto; y yo, señores, que ni soy San Pablo, ni he subido hasta el tercer cielo, tampoco tengo el dón de los milagros para conjurar una desgracia.

La Iglesia seguramente tiene grandes esperanzas en la misión de Tierradentro. Como ella busca las almas, y buscándolas se inspira en una norma divina, jamás ha puesto diferencias que se basan en un concepto enteramente mundano sobre el valor de los hombres. Ella las codicia entre las razas privilegiadas y entre las razas miserables: las extrae como diamantes preciosos de estuche señorial, en la carne blanca; como preciosa gema escondida entre el carbón, las recoge en la carne negra. Tiende su dorada red desde el barco de Pedro que da la vuelta al mundo y atesora perlas en todos los golfos y en todos los ríos de la tierra para labrar con ellas la corona de Dios. Por tanto, aunque el intonso habitante de las selvas, aunque el indio degradado nada valiera ante los ojos de una civilización soberbia, el misionero que descubre con la mirada de la fe una gota de sangre divina rutilando como un rubí bajo la bastarda envoltura de sus cuerpos, los mira atentamente, se adelanta a ellos fervoroso, y, de rodillas, los toma entre sus manos ungidas por el óleo.

Mas, no es el caso, señores. Vive Dios, que bajo el bronce de los que lucharon con Belalcázar y Ampudia alientan almas capaces de escalar el sacro monte de la perfección cívica y religiosa. Allí hay hombres de los que hacen vivir con la austeridad de sus costumbres y la religiosidad de su corazón, todo el evangelio; allí hay brazos hercúleos para talar montes, para hender la tierra, para montar los sillares del progreso; allí ante todo por sangre, por educación, por temperamento, hay héroes; y el día en que Palas les ponga en la mano el escudo y la espada, podrán ser la guardia republicana de Colombia, que muere pero no se rinde.

* * *

Y ¿qué decir de ese paraíso escondido? Yo me admiro cómo la avidez de los comerciantes y colonos no lo ha encontrado, cuando no demora en las llanuras remotas e inhospitalarias del Oriente, ni en las selvas amazónicas, ni en las bravas regiones que baña el aurífero Atrato, mas esconde su regazo fecundo entre unos montes que tienen a sus pies los valles del Magdalena y del Cauca.

Sin embargo, ¿qué podrá buscar el hombre que Tierradentro no le brinde? Hulla ennegrece las entrañas de sus serranías; mármoles de todas las vetas soportan las lomas del Pedregal; saladas fuentes brotan en Topa y Avirama; alumbre espejea en sus pendientes rocas; oro fino enriquece las arenas del San Vicente y del Páez. En vez de minerales ¿quieres el vellón de la montaña? Los viejos cauchos rendidos por el hacha salvaje, gigantes muertos, están allí, fajados por las lianas, embalsamados por las orquídeas olorosas; la quina alza todavía su copa florecida con umbelas rosadas, llenas de perfume como el quitasol de una dama; el cedro corpulento que se distingue a lo lejos por su procerca estatura y su

ramaje oscuro, brinda sombra al viajero y madera compacta de esplendor marmóreo; el tachuelo esconde bajo su áspera corteza su corazón de oro; y la palma aguarda el diente de la sierra para entregar sus flancos negros cual la caoba, y recios cual láminas de acero. Si eres hijo de Ceres, ven conmigo y te mostraré los parajes que bendijo tu madre. Los páramos hinchán las prodigias raíces de la papa; en las pendientes surge la mies atropellando los días, ávida de convertirse en oro; en los primeros valles prospera de manera increíble el *arabusto sádeo*; las ardientes cavidades del Páez se engatan con sonoros cañaverales, que crecen y se intrincan simulando bosques de bambú; y con haces de verdes banderolas que sacude a los vientos, el banano de fecunda prole decora los paisajes. Allá, señores, veréis oscilando la granadilla, que nació de una flor simbólica de la Pasión, y tiene como ella dulzuras escondidas; el durazno que ama vuestras sabanas, allá se deleita; las manzanas de Inzá afrentan las pomas de tinte carmesí que maduran los verjeles de Tundama; la chirimoya acendra en verde y abollada urna copos blancos como la nieve y dulces como la miel; el naranjo lozanea a los rayos del sol, semejante a un castillo de oro; y las auras se saturan con los olores de la piña que descansa en el rastrojo sobre un pedestal coronado de sierras. Mas si gobiernas pastoril cayado: allí hay lomas y páramos para la mansa oveja que florece con la lana, y rocas para que salten las trepadoras cabras; las llanuras del Huila ofrecen trébol y romaza para los toros mugidores y las vacas de hinchadas ubres; los valles del Páez, las colinas de Itambe ya resuenan con el tropel de la yeguada y el relincho sonoro del caballo. Tierra bendita, tierra de promisión, nueva Arcadia, sólo esperas los huérfanos de la fortuna para abrirlas en tu seno.

* * *

Y ¿por qué, me diréis, no hablamos recibido esta revelación y no goza el hombre de tantas bendiciones? Porque no tenemos caminos, porque necesitamos caminos; porque morimos por falta de caminos. Vosotros, hijos de la civilización, decís que el progreso no viene de a pie y con bordón; que no monta en mísero jamelgo; que el progreso viene rompiendo, como un enorme cetáceo, las olas de los mares y las corrientes de los ríos; que avanza por brillantes paralelas, llevando altivo penacho de humo e hinchando con sus gritos las oquedades de los montes; que hiende en su hipogrifo el éter, desflecando las nubes que vuelan por encima de los volcanes. Esto decís vosotros: barranquilleros que queréis poner la marea del Caribe en el acantilado de vuestras casas; medellinenses que sentís hirviendo los fermentos de todas las grandezas; ibaguereños que ya «probáis de la esperanza el fruto cierto»; bogotanos que señoreáis el carro eléctrico, en tren y en automóvil por vuestros campos y por vuestra capital que al humilde provinciano le parece la capital del mundo; ¿qué hemos de decir nosotros del que vive en el corazón de la montaña? ¿Cómo llevaremos a Tierradentro el progreso? ¿Por qué senda pasará esta deidad del siglo, si no vestida de galas, al menos en traje de Amazona?

La geografía podrá enumerar pomposamente los caminos de Guanacas, de Moras, el de las Delicias y el del Páez. Los dos primeros que en todo tiempo fueron el capanto de los viajeros han sido en buena hora abandonados, porque esto era curarse en salud. El camino de las Delicias debió recibir su nombre con el espíritu con que los griegos irónicos llamaron a las aguas medrosas del Mar Negro: *Ponto Euxino*, *Mar Hospitalario*. Es este camino un sendero tortuoso en toda su extensión; tiene pendientes como la de Topa en que se consumen tres horas, y la de Minas que de un solo arranque lleva desde el Ullucos, que está a los pies de Inzá, hasta la cumbre de la cordillera, por entre alta montaña y escarbando por el espacio de casi una jornada un suelo erizado de piedras; allí está el famoso *Páramo de las Delicias*, donde perecen a centenares las cabalgaduras de tierra caliente, donde el indio se hiela dormido en el alero de una roca, donde el viajero siente el aletazo del huracán y recibe el apedreo del agua y el granizo, en el momento mismo en que la cabalgadura se hunde hasta el pecho entre lodazales, entre lagunas, entre abismos que recata la falacia de la lechuga silvestre, o tiene que aferrarse con entrambas manos para no salir disparado en el corcovo de la bestia que salta las empalizadas. Hé aquí nuestro camino, hé aquí la calzada por la cual se nos manda que empujemos el carro del progreso. ¡Oh, no! Esta senda por donde cruzan el sufrido huilense o el atrevido caucano cuando la necesidad los impele, o la guerra pone en sus manos el arma fratricida; este camino por donde el indio, cubierto con su capa de paja y su montera, se desliza entre breñas cual si fuera el genio fatídico de la barbarie que tiene su morada en esos montes, éste no puede ser el camino de Tierradentro ni la gran vía por donde pase el progreso con su séquito triunfante.

El camino lo trazó la providencia de Dios y lo marcó con dos cintas luminosas: el Páez que va desde el valle de Neiva hasta la cumbre; y el Palo, que arrancando de allí va a rendir su tributo al rey de la llanura occidental.⁽¹⁾ Esta es la senda más corta que puede trazarse; la senda que no tiene ni una sola pendiente que pase del nueve por ciento; la senda que no tiene páramos; la senda que lleva a un lado el largo espejo de los ríos y a otro lado valles risueños y chozas y caseríos; la senda que caminó Belalcázar cuando se vio compelido a salvar con la fuga su flechado ejército; la senda de Tierradentro, la senda del progreso, la senda que necesitamos y pedimos los voceros de las comarcas irredentas. Mi imaginación vuela en alas de la esperanza y el amor: veo la zona polvorienta de la carretera, hermana de los ríos, subiendo por las laderas; escucho el agitado huelgo del autocamión que sube y baja cargado de olorosos frutos; contemplo las quintas de los veraneantes del Cauca y del Magdalena; me extasio oyendo voces y observando a los que miran desde los riscos la soberbia del paisaje y beben deleitosamente los hálitos embalsamados de la cordillera. ¡Oh sueños, qué pocas veces en nuestra patria sois la aurora de una realidad!

Yo espero, con todo, que esta vez no se pueda decir «que los sueños sueños son». Hay un Departamento se-

cuestrado del resto de la República, rico en tierras y ganados, donde viven gentes pacíficas, laboriosas, renombradas por su probidad, y que, sin embargo, agoniza asfixiado entre dos cordilleras y una zona de fuego que se extiende desde Nelva hasta Girardot. Se nos dice que del norte viene la redención de los huilenses; pero el ave gigantesca, nuncio de una era de libertad, llega de los mares y fatigada se posa en los últimos remansos de nuestro río cabe las balsas, champanes y canoas de la patria de Riveras y Perdomos; el tren, que con tanto ánimo atraviesa llanuras y asciende con arrogancia desafiadora hasta el vértice de las cordilleras, allí está sobre el suelo candente, tal vez paralizados sus músculos poderosos, tal vez espantado de la pampa encendida, tal vez se fundieron con la mirada del sol las paralelas que lo soportan sobre sus lomos de hierro.

Por eso los huilenses, haciendo causa común con Tierradentro, vuelven los ojos hacia el mar de Balboa, y quieren romper la barrera que les sale al paso. Viva este generoso pensamiento. Un esfuerzo más, y el sur del Tolima estará a cinco jornadas de Buenaventura. Yo, a mi turno, en nombre de la religión, en nombre del progreso, en nombre de la patria grande y de la patria chica, pido a mis compatriotas su voz y su brazo en esta obra redentora para el Huila y para Tierradentro: que si las voluntades se unen, los Andes nos abrirán el paso; y en día, tal vez no lejano, o nosotros haremos nuestra aparición gloriosa ante los caucanos, o la reina del Valle, que crece y prospera y extiende sus dominios a los cuatro ángulos de la tierra—a Cartago, al mar, a Pubén y a Santander—se acercará a nosotros en su paso triunfal y podremos contemplar algún rayo de su corona de acero.



Puente de Vitoncó sobre el Páez